

*La puerta abierta, obra teatral inédita de Juan Rejano**

MANUEL AZNAR SOLER
GEXEL-CEFID
Universitat Autònoma de Barcelona

Juan Rejano, poeta, ensayista, periodista, crítico teatral, autor dramático, narrador y director de revistas y de suplementos literarios en México, es un escritor clave de nuestro exilio republicano español de 1939. En efecto, dirigente del Partido Comunista de España y poeta de prestigio, fue director de revistas tan significativas como *Romance* (1 de febrero de 1940-15 de septiembre de 1940, 16 primeros números), *Ultramar* (junio de 1947, único número) y *España y la Paz* (15 de agosto de 1951-15 de junio de 1955, 48 números). Desde abril de 1947 hasta 1957 y desde inicios de 1969

a finales de 1975 dirigió asimismo la *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento literario dominical del periódico mexicano *El Nacional*, en donde fue responsable de una sección propia titulada «Cuadernillo de señales». Colaboró también en revistas tan relevantes como *Ars*, *Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles en México*, *Cuadernos Americanos*, *España Peregrina*, *España Popular*, *Letras de México*, *Litoral*, *Nuestras Ideas*, *Nuestro Tiempo*, *Paz y Taller*.¹ Y, lo que resulta aún más increíble, la inmensa mayoría de exiliados republicanos españoles sintió un profundo respeto por el escritor, fundado en el reconocimiento de su calidad humana, de su sensibilidad intelectual, de su activismo cultural y de su capacidad de diálogo, compatible con su estricta militancia comunista.²

Crítico teatral ya en sus años malagueños anteriores a 1936,³ publicó también durante los demasiados años de su exilio algunas críticas teatrales⁴ y fue protagonista ocasional de algunas polémicas puntuales sobre la situación de

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *Escena y literatura dramática en el exilio republicano de 1939: final [FFI2010-21031/FILO]*, del que soy investigador principal.

¹ He editado una selección de sus *Artículos y ensayos* (1939-1976) como número 1 de la colección Biblioteca del Exilio (Sevilla, Renacimiento, 2000, 298 páginas).

² Por ejemplo, el socialista Max Aub escribe el 15 de junio de 1952 en sus Diarios: «¿Qué unidad andáis pregonando cuando Rejano –uno de los vuestros más humano– se niega a publicar una nota de Santullano a *Campo abierto?*» (Max Aub, *Diarios (1939-1972)*, edición, estudio introductorio y notas de Manuel Aznar Soler. Barcelona, Alba Editorial, 1998, p. 214).

³ Preparé hace tiempo por encargo de la Fundación Juan Rejano de Puente Genil una edición de los *Artículos y críticas* publicados por el escritor en la prensa española antes de 1939 que, desgraciadamente, se halla aún en prensa.

⁴ Como trabajo colectivo de nuestro Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL) de la Universitat Autònoma de Barcelona, cuatro investigadores del mismo (Manuel Aznar Soler, José Ramón López García, Francisca Montiel Rayo e Iliana Olmedo) estamos preparando la edición de los *Artículos y ensayos completos* (1939-1976) publicados por Juan Rejano en su exilio mexicano.



la escena mexicana.⁵ Sin embargo, su obra dramática es muy escasa y, pese a que *La puerta abierta* llegó a estrenarse, permanece hasta la fecha inédita.

El estreno mexicano de *La Puerta Abierta*

La puerta abierta, «episodio dramático» inédito cuyo texto se conserva en el archivo de la Fundación Juan Rejano de Puente Genil, el pueblo cordobés donde nació, fue estrenada en México D(istrito) F(eederal) el viernes 1 de abril de 1949 por el Cuadro Artístico Antonio Machado de la Juventud Socialista Unificada (JSU) en México. Un estreno que constituyó una de las actividades programadas durante un Festival Juvenil conmemorativo del 13 aniversario de la creación de la JSU.

En un catálogo documental sobre el escritor se reproduce el programa del Festival, algunos de cuyos textos creo que vale la pena recordar para situar en su exacto contexto histórico, social y político este estreno mexicano de Rejano. A la izquierda del cartel anunciador pueden leerse tres fragmentos de Ignacio Gallego, Santiago Carrillo y Federico Melchor que dicen lo siguiente:

Cada j.s.u. debe ser, allí donde se encuentre, un organizador incansable, un dirigente juvenil capaz de orientar con su ejemplo personal y con sus opiniones a todos los jóvenes antifranquistas (Ignacio Gallego).

Nuestra Federación tiene que esforzarse más y más cada día para llegar, no sólo a los más cons-

cientes, sino a las grandes masas de la juventud trabajadora, oprimida y explotada (Santiago Carrillo).

En nuestro país y entre los jóvenes emigrados, la JSU crece y se consolida como la organización de unidad y combate de la juventud antifranquista. Como la única de las organizaciones juveniles existentes con la República que sobrevive con organización real, integrada por auténticos jóvenes, con actividades propias, venciendo la persecución terrorista del franquismo y los esfuerzos demagógicos y de corrupción de Falange (Federico Melchor).

En la columna contigua, por su parte, se publican las siguientes consignas:

«¡J.S.U., J.S.U., J.S.U.!
¡UNIDAD, UNIDAD, UNIDAD!

La J.S.U. te enseña a amar y respetar profundamente a la clase obrera, al socialismo; te educa en los principios del marxismo-leninismo, refuerza en ti el orgullo, el sentimiento de clase.

*

La J.S.U. te hace ser más patriota, más disciplinado, más modesto. Ella te dice con cariño fraternal: trabaja, no desperdices las pequeñeces en el trabajo porque de lo pequeño se construye lo grande. Estudia, capacítate para bien de nuestro pueblo, para bien de España.

*

¡MUCHACHAS Y MUCHACHOS:

La J.S.U. te ofrece un puesto de combate en sus filas!

*

⁵ Sobre el tema puede consultarse mi artículo «Una polémica sobre teatro mexicano entre Max Aub y Juan Rejano en 1947». El *Correo de Euclides*, anuario científico de la Fundación Max Aub, 6 (2011), pp. 69-80.

POR LA UNIDAD DE LA JUVENTUD, POR LA PAZ, LA SOBERANÍA Y LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA; CONTRA EL IMPERIALISMO Y LA GUERRA, POR EL TOTAL EXTERMINIO DEL FRANQUISMO Y LA CONQUISTA DE LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA PARA NUESTRO PAÍS.⁶

Y en la columna siguiente puede leerse:

JSU 13 ANIVERSARIO

Joven español:

Con este motivo, la J.S.U. de España en México te invita a los grandes festivales que para su celebración hemos organizado.

Finalmente, a tres columnas, viene propiamente, con el título de «GRANDES FESTIVALES JUVENILES», el programa de actividades, que se desarrollaron a lo largo de tres días: viernes 1, sábado 2 y domingo 3 de abril, a saber:

VIERNES, 1 DE ABRIL

A las 7 p. m.

Gran acto conmemorativo en el Salón de Actos de la CONFEDERACIÓN NACIONAL CAMPESINA (López, núm. 23)

Palabras de JOSÉ DIÉGUEZ, Secretario General

de la Delegación en México de la Comisión Ejecutiva de la J.S.U.

Canciones regionales mexicanas y españolas interpretadas por las HERMANITAS MONROY y por el CORO DEL CLUB EUGENIO MESÓN

El Cuadro Artístico Infantil del Movimiento ALERTA pondrá en escena la obra titulada «LOS BANDOLEROS».

El Cuadro Artístico Antonio Machado representará el episodio dramático escrito especialmente por el gran poeta Juan Rejano titulado «LA PUERTA ABIERTA».

ENTRADA LIBRE

SÁBADO, 2 DE ABRIL

Desde las 6 p. m.

Formidable BAILE en nuestro local
Ramón Guzmán 72, 1er piso.

Muchachos: 2 pesos.

Muchachas: por invitación.

DOMINGO, 3 DE ABRIL

GRAN EXCURSIÓN A SAN RAFAEL ATLIXCO

PROGRAMA

1. Final del campeonato de fútbol organizado por la FEDERACIÓN DEPORTIVA DE JÓVENES

⁶ Obsérvese cómo en el texto se habla de «Paz» y, como alternativa a la dictadura militar franquista, de una «República democrática» española. Conviene no olvidar que «Paz» y «Libertad» eran las dos palabras que, como armas arrojadizas, se lanzaban entre sí el KGB de la Unión Soviética y la CIA de los Estados Unidos de América, respectivamente, durante aquellos años de la guerra fría cultural. En este sentido, Olga Glondys, investigadora del GEXEL, ha acertado a completar en su libro *La guerra fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)* (Madrid, CSIC, 2012) el capítulo español que faltaba en el de Francis Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural* (traducción de Rafael Fontes. Madrid, Debate, 2001), libro fundamental sobre un episodio aún muy poco conocido de nuestra historia cultural.



ESPAÑOLES y patrocinado por la J.S.U.

2. Distribución de los trofeos donados por la J.S.U.
3. Juegos, carreras, competencias deportivas... ¡diversiones y más diversiones...!
4. BAILE al aire libre

*

Salida de los camiones: Ramón Guzmán 72, a las 8 de la mañana.

PASAJE: 4 PESOS

(Resérvelo sin falta en nuestro local cualquier día desde las siete de la tarde).⁷

Conviene reflexionar mínimamente sobre las condiciones y circunstancias en que se realizó el estreno de *La puerta abierta*, porque vienen a representar «ejemplarmente» el drama de nuestra dramaturgia desterrada: estrenada por el Cuadro Artístico Antonio Machado, es decir, por un grupo de jóvenes «aficionados» reunidos bajo el nombre de aquel poeta que fue mito laico para nuestro exilio republicano; que trabajan por amor al arte escénico, o sea, gratuitamente («entrada libre»); que representan una sola vez (el llamado

valle inclinanamente «teatro de una noche y gracias») en un espacio no comercial y, por tanto, sin la asistencia de la crítica teatral especializada, con el consiguiente silencio del estreno en la prensa; que lo hacen a partir de unas muy precarias condiciones materiales de escenografía e iluminación y ante un público compuesto básicamente por los propios exiliados republicanos españoles, es decir, por militantes de la JSU, jóvenes, padres, familiares y amistades en general. He aquí varias de las limitaciones estructurales de nuestro exilio teatral republicano que se reúnen en el estreno de *La puerta abierta* y que representan a la perfección el drama de nuestra dramaturgia desterrada.⁸

Otro dato interesante de este estreno reside en el hecho de que este «episodio dramático»⁹ consta explícitamente en el programa oficial que ha sido «escrito especialmente por el gran poeta Juan Rejano»: un «especialmente» que, por su vinculación con el Festival Juvenil de la JSU, confiere a la obra una obvia significación política. Porque, en efecto, en el manuscrito mecanografiado de *La puerta abierta* constan tanto el lugar como la fecha de su escritura: «México, 1949». Y si a

⁷ Juan Rejano. *Memoria de un exilio*, texto de María Teresa Hernández Fernández. Diputación de Córdoba-Ayuntamiento de Puente Genil, 2001, p. 175. Se trata del catálogo de una exposición que pudo contemplarse, del 15 de noviembre al 15 de diciembre de 2011, en el Centro Cultural de la Generación del 27 de Málaga.

⁸ Sobre el tema pueden consultarse varios trabajos míos, desde «Escena y literatura dramática del exilio republicano español de 1939» (en AA.VV., *El exilio teatral republicano de 1939*, edición de Manuel Aznar Soler. Sant Cugat del Vallès, Associació d'Idees-CEXEL, colección Sinaia-4, 1999, pp. 11-53), hasta los muy recientes «Destierro, destiempo y público en el exilio teatral republicano de 1939» (*Primer Acto*), 342 (enero-julio de 2012), pp. 118-126) e «Historiografía y exilio teatral republicano de 1939». Iberoamericana, 47 (octubre de 2012) pp. 129-141.

⁹ En la escena cuarta de *La puerta abierta* hay unas palabras de Miguel a Emilio que iluminan metateatralmente el significado de este subtítulo:

MIGUEL: No durará mucho tu martirio, descuida. Esto no es más que un episodio, un simple episodio... ¿Sabes lo que quiere decir episodio? Yo tampoco lo sabía, pero el autor de esta comedia así la denomina. ¿No lo has visto en los carteles: «Episodio dramático»?... Episodio... Yo me acerqué a él, al poeta que ha compuesto esta fábula, y le pregunté por la palabreja. «Es de origen griego -me respondió- y quiere decir lo que viene de fuera. ¿Qué te parece? Lo que viene de fuera... es decir, yo. La cosa no puede estar más apropiada. Yo soy lo que viene de fuera, yo... Lo que viene a importunarte, a reanimar en ti un conflicto que ya creías resuelto...»

Juan Rejano se le menciona como «gran poeta», *La puerta abierta*, texto dramático escrito «especialmente» para aquel Festival Juvenil, confiere al ocasional dramaturgo una clara impregnación militante.

Situada la acción dramática en un espacio («*En Madrid*») y en un tiempo muy precisos («*En estos días*», es decir, en 1949), el conflicto dramático que Rejano plantea en *La puerta abierta* es muy sencillo: Emilio y Miguel, como Julio y Juan en *Morir por cerrar los ojos* de Max Aub,¹⁰ son dos hermanos que representan a los dos bandos enfrentados en nuestra guerra civil. Así, Emilio es un viejo falangista, vencedor en 1939 pero que ahora, diez años después, ha visto frustrado su ideal de una «revolución» nacional-sindicalista ante la evolución política de un régimen franquista que, en este sentido, lo ha desencantado. Por el contrario, Miguel es un vencido republicano, un exiliado que ha regresado clandestinamente a España para organizar la resistencia contra la dictadura militar franquista en defensa de una «República democrática» y, aunque su filiación política no se explicita, obviamente es militante del Partido Comunista de España.

A diferencia de *Morir por cerrar los ojos*, en donde el protagonismo final de Marfa parece indiscutible, los personajes femeninos de *La puerta abierta* (Antonia, mujer de Emilio; la Tía Josefita y La Voz de una Vecina) carecen de relevancia dramática, aunque la Tía Josefita resulte decisiva

en el desenlace de la tensa y angustiosa situación que vive Miguel, a punto de ser detenido por la policía franquista. Sin embargo, el protagonismo de Emilio y, sobre todo, de Miguel, auténtico héroe positivo de la obra, parece obvio, aunque hay un personaje que no tiene presencia escénica y que aún así resulta clave para entender los antecedentes humanos y políticos de este violento conflicto fraticida: el personaje del padre, cuya oscura muerte ilumina Miguel y de la que, a su juicio, es culpable Emilio.

Pero antes que un análisis de la obra, que dejo para otra ocasión,¹¹ prefiero editar aquí, en homenaje a la memoria de Ignacio Soldevila Durante, el texto íntegro de este «episodio dramático» inédito de Juan Rejano, un acto único dividido en cinco escenas. Y advierto al lector que, en este caso, me he limitado a transcribir lo más fielmente posible los treinta y dos folios mecanografiados del ejemplar que se conserva en la Fundación Juan Rejano de Puente Genil (Córdoba). Pero no quiero finalizar esta nota introductoria a mi edición de *La puerta abierta* sin agradecer públicamente a Carmen Rejano, hija del escritor, y a Alberto Gómez, director de la Fundación, su autorización para publicarla aquí y ahora.

Fecha de recepción: 01/06/2012
 Fecha de aceptación: 11/09/2012

¹⁰ Max Aub, *Morir por cerrar los ojos*, edición de Carmen Venegas Grau. Sevilla, Renacimiento, Biblioteca del Exilio-29, 2007.

¹¹ Por ejemplo, para un libro colectivo que estamos preparando algunos investigadores de nuestro actual proyecto de investigación y que, coordinado por el profesor José Paulino Ayuso, tratará de reconstruir la escena y literatura dramática de nuestro exilio teatral republicano de 1939 en México.



La puerta abierta

JUAN REJANO

Episodio dramático
México
1949

Personajes

Antonia	Miguel
Tía Josefita	Emilio
La voz de una vecina	

En Madrid. En estos días.

ACTO ÚNICO

Sala-vestíbulo en una casa de familia de la clase media. Al fondo, puerta de entrada. Dos puertas más, a la izquierda, que conducen al interior de la vivienda. A la derecha, dos balcones, uno de ellos abierto. Muebles un poco deteriorados.

La escena está sola cuando se levanta el telón. Es de día. Se escuchan los ruidos de la calle.

Escena I

Miguel y, después, Emilio.

Miguel entra violentamente por la puerta del fondo, que encuentra a medio abrir. Lleva el brazo izquierdo en cabestrillo y en la mano derecha una pistola. Después de entrar, cierra la puerta con pestillo y, visiblemente fatigado, dirige una mirada por toda la habitación, tratando de orientarse. Por último, al ver el balcón abierto, se encamina hacia él y, con mucho sigilo, se pone a observar lo que ocurre en el exterior. En ese momento, entra Emilio por una de las puertas laterales y avanza hasta el centro de la escena, sin notar la presencia de Miguel. Cuando al fin la advierte, hace un gesto de sorpresa y trata de echarse sobre el intruso).

EMILIO: ¿Qué es esto?

MIGUEL: (Volviéndose al oír la voz y apun-



tando con la pistola) ¿Eh...? (Luego, al reconocer a Emilio, bajando la pistola)
¡Ah!

EMILIO: ¡Miguel! ¡Tú?

MIGUEL: Yo, sí... Miguel, tu hermano... Es extraño, ¿verdad? Encontrarme en Madrid y en tu casa...

EMILIO: Pero...

MIGUEL: Sí, allá... estaba allá, en México... Es decir, yo no sé si alguna vez estuve en México, porque mi corazón y mi espíritu estuvieron siempre aquí... Ahora, ya ves: en espíritu y en cuerpo.

EMILIO: ¿Y ese aspecto..., esa actitud...?

MIGUEL: ¡Descuida! (*Guardándose la pistola*) No he matado a nadie; no he robado a nadie tampoco. Me persiguen por otros motivos.

EMILIO: Políticos, ¿no es eso?

MIGUEL: Ya puedes suponértelo. ¿Qué otra cosa iba yo a hacer en España?

EMILIO: (*Alterado*) ¡Pues aquí no puedes estar!

MIGUEL: Baja la voz: te lo ruego. (*Se dirige de nuevo al balcón y mira*).

EMILIO: Te acechan, claro.

MIGUEL: Desgraciadamente. (*Volviendo adonde está Emilio*) Y además me buscan, me buscan por la casa.

EMILIO: Es una imprudencia. Pagaremos todos las culpas.

MIGUEL: Vosotros, no. ¿Por qué? No temas.

EMILIO: Pero, ¿cómo pudiste entrar?

MIGUEL: Hallé abierta la puerta.

EMILIO: ¿Abierta? ¿Quién pudo abrirla? (*Llamando hacia adentro*) ¡Antonia! ¡Antonia!

MIGUEL: Vuelvo a rogarte que te calmes. (*Se dirige de nuevo al balcón*).

Escena II

Los mismos y Antonia.

ANTONIA: (*Que aparece por la puerta de la izquierda segundo término*). ¿Me llamabas, Emilio?

EMILIO: Sí. (*Señalando hacia donde está Miguel*). Mira.

ANTONIA: ¡Qué! ¡Miguel!

MIGUEL: Me suponías muy lejos, ¿no es así? Tengo que responder como en el romance clásico: «Lo muy lejos se hace cerca / para quien quiere venir...» No dirás que he olvidado mis nociones de literatura. (*Acercándose a ella*) ¿Cómo sigues, Antonia? Por ti no parecen haber pasado los años, aunque las desdichas sí, y ya hace algunos que nos separamos.

EMILIO: Entró perseguido... La puerta estaba abierta... ¿Quién la dejó así?

ANTONIA: No sé. No me explico...

EMILIO: ¿Tía Josefita, acaso?

ANTONIA: No. Tía Josefita, no. La dejé en la cocina hace unos momentos. Hubiera avisado.

EMILIO: Entonces...

MIGUEL: Entonces, Emilio, si lo que ocurre es que tienes miedo, que temes por ti y por los tuyos, puedes tranquilizarte. Yo no soy tu hermano; yo no soy yo. ¿Comprendes? (*Señalándose a un bolsillo interior*) Aquí está la documentación que acredita mi única, mi verdadera personalidad en estos instantes. Para ti, para vosotros, soy un desconocido, y un desconocido que lleva además una pistola, bien ha podido obligarlos a ocultarlo.



EMILIO: De todas maneras, mi conciencia...

MIGUEL: ¡Ah! ¿Pero te queda conciencia? Yo suponía...

EMILIO: No estoy dispuesto a consentirte burlas.

MIGUEL: ¿Burlarme? ¿Por qué? Entré en tu casa como pude haber entrado en la de cualquier otro vecino.

EMILIO: ¿Por qué no lo hiciste?

MIGUEL: Qué sé yo... En un trance como éste, no hay tiempo de pensar mucho las cosas. Tal vez un vago deseo de verte..., a pesar de todo. Acaso la vana ilusión de hallar aquí mayor seguridad.

EMILIO: Tú lo has dicho: vana.

ANTONIA: ¡Emilio! Eso, no. Es tu hermano.

MIGUEL: Déjalo. Si no me sorprende. En la vida, muchas veces, cuando creemos poder ampararnos en aquellos corazones que algún día latieron cerca de nosotros, se nos recibe como a un mendigo. «Perdone, hermano; no llevo qué darle». En cambio, esa misma moneda generosa suele ofrecérseños donde menos lo esperamos y, en ocasiones, aun donde precisamente esperamos hallar lo contrario.

ANTONIA: Olvida las palabras de Emilio. Estaba ofuscado.

MIGUEL: Si es lo mismo... Además, en estos años, ¿de qué puede uno asombrarse, cuando todo lo han envenenado y envilecido? ¡Hasta lo más sagrado! (*A Emilio*) ¿No enseñáis a los jóvenes el odio entre padres e hijos, entre hermanos, entre marido y mujer? ¿Habéis sabido respetar siquiera la intimidad del hogar, lo entrañable de los afec-

tos, aquello que más celosamente guarda el hombre en su corazón? No, Emilio, puedes estar seguro: yo nada esperaba de ti.

EMILIO: ¿Para qué te refugiaste aquí entonces?

MIGUEL: ¿Quieres oírmelo otra vez? No sabría razonarlo... Tú, además, no eres solo en esta casa. Está Antonia, tía Josefita...

EMILIO: Antonia nada tiene que hablar contigo.

MIGUEL: ¿Crees tú? En fin, admitamos que así sea. Para algo es tu mujer. Pero queda tía Josefita. ¿Tampoco me concedes que ella ha de alegrarse de verme?

EMILIO: Sí, ya lo sé... Siempre fuiste su preferido. De niños, cuando faltó mamá y ella vino a nuestra casa, amparaba tus rebeldías, te mimaba y cuidaba como si fueras tú solo. Yo, que no daba un disgusto a nadie, que era obediente y sumiso, apenas contaba. Después, desde que al acabar la guerra te fuiste muy lejos, se pasa las horas suspirando por ti... Ya lo sé, sí, ya lo sé... ¿Pero a qué viene ahora todo esto? No estamos para consideraciones sentimentales. ¿Quién te dijo que vivíamos aquí?

MIGUEL: ¡Ah! Ése es mi secreto. Yo lo sé todo, como dicen los magos en los cuentos. Te parcerá una paradoja, pero los que tenemos que vivir escondidos, conocemos mejor que nadie lo que ocurre en todas partes.

EMILIO: Nunca me hicieron gracia tus ingeniosidades.

MIGUEL: ¿Ingeniosidades? Mira, si yo ahora te preguntara por lo que realmente pasa en el país, tú, un hombre del régimen, un puntal de este glorioso Estado-policía, no sabrías qué decirme. No, no sabrías. Ni siquiera lo

que cada día se fragua ante tus ojos. Tanta es la confianza que reina entre vosotros.

EMILIO: ¡Tú qué sabes!

MIGUEL: Pero aquí estoy yo, aquí está este proscrito, que conoce lo que pasa hasta en el último rincón de cualquier provincia. ¿Cómo? ¡Ah! Ése es mi secreto. Pero puedo revelarte una parte de él: el amor a los míos, el quererlos libres, limpios de sombras, de amenazas, de toda esta pesadilla que los está aniquilando.

EMILIO: Y con eso, ¿qué?

MIGUEL: Tantas cosas podría contarte, tantas miserias, tantas iniquidades, tanta heroicidad también de los que no se han sometido, que tú mismo te espantarías... O no, quizás no. ¿De qué se va a espantar un hombre como tú?

EMILIO: ¡Miguel! ¡No te tolero...!

MIGUEL: ¿El qué? ¿La verdad? ¿Que te diga la verdad donde estás chapoteando? ¿Que te pase por los ojos ese terrible lienzo ensangrentado en que cada uno de vosotros ha puesto una pincelada? Pues ten paciencia, que aún has de oírme algunas cosas. Ya ves, hoy, que acaso sea mi último día, me has cogido de humor. Tengo ganas de hablar. ¿No me han tendido un cepo? ¿No estoy ya en capilla? Pues tú vas a ser el depositario de mis últimas palabras.

EMILIO: ¡Sal de mi casa!

MIGUEL: Pronto lo haré; no tengas prisa.

EMILIO: ¡Sal, te digo!

ANTONIA: (*Interviniendo*) ¡Por Dios, callad un momento! ¿No habéis oído? Sonaron unas voces ahí, como en la escalera...

MIGUEL: (*Dirigiéndose a la puerta de entrada y escuchando*) No. Creo que no fue nada. (*Luego, encaminándose al balcón y mirando atentamente*). Ésos, sí. Ésos no se mueven de su sitio. Parecen de piedra.

ANTONIA: Sabrán que estás aquí. Entrarán... ¿Por qué no te escondes?

EMILIO: (*Con viveza*) ¿Esconderse? ¿Qué desatinos se te ocurren?

MIGUEL: Gracias, Antonia. No vale la pena. Me encontrarían de todos modos. Pero, para un hombre que se halla en mi situación, casi es un consuelo darse cuenta de que el camino de amarguras que recorrió su padre es el mismo que a él se le ofrece.

EMILIO: (*Enfurecido, tratando de lanzarse contra Miguel*) ¡Canalla! ¿Qué has dicho? ¿Qué has querido decir?

MIGUEL: (*Haciéndole frente con tranquilidad*) Lo que todo el mundo sabe, y tú mejor que nadie. Antonia me acaba de preguntar: ¿por qué no te escondes? Yo te pregunto a ti: ¿por qué no escondiste a papá? ¿Por qué dejaste que se lo llevaran esos cobardes de tus camaradas y lo fusilaran como a un malhechor?

EMILIO: (*Cayendo abatido en una silla, con el rostro entre las manos*) ¡No, esto no! ¡Es más de lo que yo puedo soportar! (*Sollozando*) ¿Qué podía hacer yo?

MIGUEL: Luchar contra ellos. Con uñas y dientes arrancárselo de las manos. Morir si era preciso.

ANTONIA: ¡Miguel! ¡Miguel! No es verdad. Emilio quiso salvarlo.

EMILIO: (*Entre sollozos*) ¿Qué podía hacer yo?



¿Qué podía hacer yo?

MIGUEL: Quiso salvarlo... ¿Y por qué no lo salvó? ¿Por qué, antes de que lo persiguiieran, no lo ocultó en vuestra casa?

ANTONIA: Estábamos vigilados. Emilio empezaba ya a ser mal visto dentro de su partido...

MIGUEL: Sí, lo de siempre. El jerarca que cae en desgracia porque ya no necesitan de sus primeros ímpetus... (A *Emilio*) Poco te duró la gloria de tu camisa vieja. Te la desgarrraron en cuanto se puso un poco inservible.

EMILIO: ¿Quieres acabar de una vez con tus frases de mal gusto?

MIGUEL: Y ahí tienes los resultados de tu lealtad a la traición: papá, un hombre inofensivo, un conservador que a veces ni a votar se atrevía en las elecciones, bajo tierra, con una carga de plomo en los huesos; tú, olvidado, preterido por los tuyos y despreciado por todos. Ni en nuestra tierra has podido seguir viviendo.

EMILIO: No es verdad. Nos trasladamos a Madrid porque necesitaba encontrar trabajo.

MIGUEL: Exactamente. El trabajo que te negaban allá, el que todos te negaban para demostrar tu repulsa. ¿No te das cuenta? ¿Estás ciego? Eres el fruto de tu propia siembra. Un fruto podrido, el mismo que hoy se esparce por el país inundándolo todo, como si un volcán inmenso estuviera a toda hora vomitando basura.

EMILIO: Te ruego, te suplico que no aludas a mis cosas. No quiero que te mezcles en mi vida.

MIGUEL: Estoy obligado. Por mucho que los

acontecimientos nos hayan alejado al uno del otro, y más que los acontecimientos, tu conducta, hay algo que nos unirá siempre. Olvidaste tus deberes de hijo, los más entrañables. Creíste que nadie te pediría cuentas, porque el que podía hacerlo ya no vive. Yo te las voy a pedir mientras vivas tú. Después no supiste ahorrar un solo dolor, una sola violencia a tía Josefita, a tu propia mujer...

EMILIO: Mientes. Antonia y tía Josefita han vivido siempre felices a mi lado. Que lo digan ellas.

MIGUEL: ¿Te parece fácil? Basta con leer en su pensamiento.

EMILIO: Será en el tuyo, donde no cuajan más que maldades.

MIGUEL: Antes te dolías de que tía Josefita me prefería siempre a mí. No sabes ocultar tu resentimiento. Desde pequeño lo manifestaste. Fuiste siempre envidioso, resentido. Por eso, nunca has sabido perdonar o comprender, que es lo mismo. Lo que ocurría es que tía Josefita, que por no tener hijos guardó para nosotros todo su sentimiento maternal, sabía instintivamente dónde estaba la lealtad, el verdadero cariño. Nunca lo dijo. Nunca quiso causar un dolor o una contrariedad. Pero no había más que asomarse a su pensamiento. Esa alma grande, que hizo por nosotros tanto como hubiera hecho nuestra madre, no se equivocó nunca...

EMILIO: Salvo en una ocasión: cuando tú, que tanto la querías por lo visto, huiste sin acordarte de ella...

MIGUEL: ¿Sin acordarme? Doliéndome el corazón de no poder llevarla conmigo.

EMILIO: Sí, es muy fácil asegurar: «¡Qué cariño tan grande siento!», mientras otros se encargan de que el objeto de ese cariño no se muera de hambre.

MIGUEL: ¡Te atreves a echármelo en cara? ¡Mezquino!

EMILIO: Cobarde, digo yo. ¡Y te repito que no consiento injerencias tuyas en mi vida!

ANTONIA: ¡Por favor, Miguel, dejad ya esas cuestiones! Tú estás en peligro... Emilio sufre...

(Dejándose oír, desde fuera de la vivienda, a través de la puerta izquierda segundo término, La Voz de la Vecina interrumpe las palabras de Antonia).

LA VOZ DE LA VECINA: ¡Antonia! ¡Antonia!...

EMILIO: ¿Quién llama? ¿Qué quieren?

LA VOZ DE LA VECINA: *(Insistiendo)* ¡Antonia!... ¡Antonia!....

ANTONIA: *(Que ha puesto atención a la llamada)*. Es la señora de Méndez, la del segundo. Suele llamarla por la ventana del patio.

EMILIO: ¿Pero ahora para qué puede hacerlo?

ANTONIA: No sé. Voy a ver *(Sale por la puerta izquierda del segundo término)*.

Escena III

Los mismos, menos Antonia.

EMILIO: *(Que se ha acercado como instintivamente a la misma puerta, impulsado por el temor y la curiosidad)*. ¡Es lo que nos falta-

ba! Todos los vecinos sospecharán ya...

MIGUEL: Ningún motivo hay para ello. Nadie me ha visto entrar.

EMILIO: La gente adivina a veces.... Quién sabe si alguno desde la escalera...

MIGUEL: Te aseguro nuevamente que no. Puedes sosegarte. Lo extraño es que seas tú el inquieto y no yo. Si de todas maneras van a entrar, ¿para qué tanta zozobra?

EMILIO: *(Alejándose de la puerta)*. No puedo remediarlo. Este conflicto en que me has puesto...

MIGUEL: ¡Otra vez? Tú nada arriesgas. Lo mismo da que sea en esta casa, que en otra, donde me encuentren. Nadie ha de saber quién soy.

EMILIO: ¡Pero no comprendes que es mi angustia, la angustia de sentir que me traiciono a mí mismo, lo que me tiene así?

MIGUEL: Lo que no comprendo, lo que me indigna ya que de angustias y de conflictos hablas, es que ni tu propia situación personal, esa desventurada situación a que te han traído los tuyos, te haya hecho reaccionar como un hombre, lanzándote contra toda esta abominación.

EMILIO: Yo no traiciono mis ideas. Podrán haber sido injustos conmigo, pero los principios están aparte.

MIGUEL: ¡Las ideas! ¿Qué ideas? Si estoy por echarme a reír... ¡Los principios! ¡Y te atreves todavía a llamarlos así? ¡Pero no los estás viendo traducidos en la realidad? ¿Qué habéis hecho en estos años? Poblarlo todo de tristeza y de muerte. Abrir, además, de una punta a otra, una sima de abyección.



EMILIO: No lo será tanto como aquel pasado que nosotros liquidamos.

MIGUEL: Compara y verás. Aquí, donde el delincuente mismo sentía sonrojo cuando ante él se invocabía el sentido ético tradicional de nuestras gentes, no habéis sembrado más que inmoralidad, cinismo, depravación. Aquí, donde el más alto timbre humano eran la hidalguía, la caballerosidad, la hombría de bien, sólo habéis sabido exemplificar con la traición, la felonía, la mentira. ¿Y éas son las ideas, éos los principios que todavía quieres conservar?

EMILIO: Las doctrinas nada tienen que ver con los hombres: sobreviven a ellos, triunfan de sus errores.

MIGUEL: Doctrinas... cuando lo son. Pero aun en el caso de que lo fueran, ¿qué harías con ellas sin la mano que las llevara a la práctica? Para sociólogo no sirves, desengáñate. Tanto vale corrupción de hombres como corrupción de doctrinas... ¡Doctrinas!

EMILIO: No es mía la culpa si nuestra obra se desvirtuó desde un principio.

MIGUEL: ¡Justo! Tus labios lo están diciendo: «desde un principio». Es decir, uno de esos principios a que te aferrabas antes. Principio, que no lo era, o que, cuando mucho, era, según has dicho, el principio del fin.

EMILIO: Me chocan los juegos de palabras. Qui-se decir: desde el primer momento. ¿Está claro? Y desde ese momento, los advenedizos triunfaron sobre los que habíamos luchado por algo mejor.

MIGUEL: ¿Y qué creías tú, iluso, que todo iba a ser como la literatura vacua de vuestros

discursos? Ése es el destino de toda demagogia: aprovecharse de la plataforma que algunos le crean para poner por encima de todo sus brutales intereses.

EMILIO: ¿Y quién no hace lo mismo? ¿Vosotros, acaso?

MIGUEL: Los que no se mueven por ambición, sino por justicia. ¿Lo dudas todavía? Esos que tú calificas de advenedizos no eran sino vuestros verdaderos inspiradores, los que desde un segundo término os movían como instrumentos ciegos de sus apetencias. Claro, una vez en el poder, pasaron adonde les correspondía: a la primera fila, y a muchos de vosotros, a los que por falta de influencia o de audacia no representabais nada, de un manotazo se os echó a la cola.

EMILIO: Nada de eso me inquieta. Yo luché por un ideal...

MIGUEL: Por una mentira, querrás decir. Y ésa es la más torpe de tus culpas. Porque es comprensible que aquellos que poseen intereses, los defiendan, llegado el caso. Pero tú, un pobre burócrata lleno de necesidades, ¿qué tenías que defender? ¡Y como tú, tantos! Tantos fracasados o desalmados o incautos. No sé quién dijo que hay alguien peor que el verdugo, y es el ayudante.

EMILIO: ¿Lo ves? Eres tú el que no entiende nada... o hace como que no lo entiende, por mala intención. Reconoces que ningún interés me guiaba y, en cambio, me niegas la sinceridad de mis sentimientos. ¡No sabes lo que dices!

MIGUEL: Espera. No cantes victoria. Hay muchas clases de intereses. La que corresponde

al tuyo tiene un nombre. Muy manoseado, es verdad, pero certero. ¿Quieres que te lo diga? Complejo de inferioridad.

EMILIO: ¡Ahora sí que lo has arreglado! Encima, un disparate.

MIGUEL: Puede que tengas razón. Si ponerte ante los ojos, descarnadamente, lo que vive agazapado en tu conciencia es disparatar, ya puedes decir que disparato.

EMILIO: Más aún: que desvarías.

MIGUEL: Locura o disparate..., da lo mismo. Ambas cosas, tú lo sabes bien, están muy en la psicología nacional, ¿y no es acaso un disparate, una locura estúpida que tú y otros muchos como tú os sumarais a la ignominia por una mala pasión mucho tiempo reprimida?

EMILIO: Pues, aunque tú no lo creas, esos que tanto desprecias, y yo, fuimos los que hicimos posible este resurgimiento, los que devolvimos al país la categoría que hoy tiene.

MIGUEL: ¿«Una, grande y libre»? ¡Bromas no, Emilio! Y si las deseas, oye lo que dice por ahí el ingenio popular. ¿No lo sabes? «Una, grande y libre. Una, sí, porque si hubiera dos, ya se habrían ido todos a la otra»... No, hablamos en serio, y en serio te digo que tu papel ha sido de lo más desdichado.

EMILIO: Aunque fuera así, ¿importa algo eso? Importa lo que se ganó para todos.

MIGUEL: ¿Ganar? ¿A qué le das tú ese nombre? Porque fue como cuando en una casa desvencijada se están tapando goteras un día y otro, y de repente el viejo armazón se viene abajo y todo lo inundan las aguas.

MIGUEL: ¿Ganar? ¿A qué le das tú ese nombre?

EMILIO: Si no buscas otra metáfora más elocuente...

MIGUEL: ¿No está claro? Son pocos los que tienen conciencia del verdadero papel que desempeñan en la vida. El tuyo, el que tú encarnaste en la tragedia podría denominarse el del señorito vergonzante.

EMILIO: ¡Señorito yo!

MIGUEL: Y de los peores. De los que no tienen dónde caerse muertos, y por eso tal vez tratan de apuntalarse con los vivos... Pero sigamos. Quiero que comprendas bien mi pobre metáfora.

EMILIO: No tengo el menor interés.

MIGUEL: Pero yo, sí. Tú sabes que el señoritismo entre nosotros fue siempre una plaga temible. En sus buenos tiempos, casi estoy por decir en su edad de oro, mientras se mantuvo en su propio campo, entre la gente rica, aunque odioso, tenía algo de comprensible. Pero después, al ir desapareciendo los grandes escalones sociales, nació otro señoritismo similar, de bisutería, mucho más repugnante, porque era el remedo grotesco de su antecedente, la expresión fracasada de los detritus de una clase; el «quiero y no puedo», que decían algunos; lo cursi, que decían otros. Sería más exacto decir: los que sin dinero aparentaban tenerlo; los que por llevar una buena corbata se alimentaban con una mala comida....

EMILIO: No sé adónde quieres ir. Hablas, hablas...

MIGUEL: Ahora lo verás. De ese vivir miserable aspirando siempre sin llegar nunca, de ese sentimiento de impotencia alimentado por la envidia, el ridículo y el egoísmo,



salieron muchos de los que te acompañaron a ti en la aventura de la guerra civil. Y, naturalmente, al triunfar, siquiera fuese momentáneamente, volvió a salir a flote lo que todos creíamos en vías de liquidación. ¿Me entiendes ya?

EMILIO: No quisiera entenderte. Pero dime, ¿qué tengo yo que ver con todo eso?

MIGUEL: Tú eras una pieza de esa maquinaria de retroceso. Y no digo una buena pieza porque lo vas a tomar a mal.

EMILIO: ¡Mentira! Yo aspiré siempre con nobleza a ser algo mejor, a elevar mi condición.

MIGUEL: Degradándola mientras tanto.

EMILIO: ¡Mira lo que dices, Miguel! De las burlas pasas a las ofensas.

MIGUEL: La verdad, cuando lo es, no debe ofender. Más valía que la hubieras sabido percibir a tiempo.

EMILIO: Porque la percibí, estoy donde estoy.

MIGUEL: En la cumbre de tus sueños, ¿no es así? Mira a tu alrededor y contesta. Viviste siempre engañándote, acallando tu propia vida porque necesitabas fingirte otra. ¿No recuerdas ya?

EMILIO: ¿Qué tengo yo que recordar? ¿Qué nueva calumnia te propones colgarme?

MIGUEL: Ninguna. Yo no invento: refresco la memoria solamente. ¿No recuerdas ya? Tus amistades las procurabas entre los del relumbrón o los del dinero. No entre los más inteligentes o los más buenos, sino entre aquellos que podían servir de soporte a tus deseos. ¡Qué agradable, qué lisonjero eso de que lo vean a uno con personas influyentes o ricas, una noche en el palco de un teatro,

otra en un restorán de lujo, y sobre todo que lo consideren como a una de ellas! ¡Y qué triste, que vergonzosamente triste también cuando llegan las horas penosas de la realidad, de tener que pagar y no llevar dinero, de encontrarse en la calle con alguien que en medio de ese mundo fingido nos recuerda nuestra pobreza...

EMILIO: ¡Y todavía te aguento! Has venido para despertar aquí un infierno.

MIGUEL: No, ya existía. Te lo depararon tus sueños, tus sueños de grandeza. Torpes, estúpidos sueños que a tantos han destruido. ¿Cómo pudiste incubarlos en nuestra casa? Papá sufría viéndote, pero callaba. Tía Josefa callaba también, comprendiéndolo todo, y yo..., yo, ¿qué podía hacer, si siempre me consideraste como un pobre diablo?

EMILIO: Hazte la víctima ahora.

MIGUEL: La víctima era otra. Recuerdo una vez... ¡Qué hora tan dolorosa! Nunca se me ha ido de la memoria. Ibas a emprender una excursión con tus amigotes; era un viaje costoso; necesitabas dinero, bastante dinero; se lo pediste a papá, pero papá no pudo dártelo, ¿de dónde iba a sacarlo? Entonces tú te insolentaste; conocías la bondad inagotable de aquel hombre débil, y le exigiste, le exigiste como si fuera un deudor tuyo; casi llegaste a amenazarle... ¡Qué día tan amargo aquél para todos!... Saliste por fin de la casa, y yo vi cómo papá lloraba en silencio, escondiendo sus lágrimas y su pena, y una rabia que era a la vez una congoja muy honda, se me anudó en la garganta, y me abracé temblando al pobre viejo, por no partir en tu

busca y abrazarme a ti hasta estrangularme...
EMILIO: ¡Y eres tú el que se erige en acusador mío; tú, que fuiste la preocupación constante de papá, con tus ideas extremistas, tus revueltas callejeras con aquella gentuza de los huelguistas y tus fricciones casi diarias con la policía! Si ahora va a resultar que yo era un monstruo y tú un dechado de perfecciones....

MIGUEL: Es natural que un padre se preocupe por un hijo cuando lo sabe en peligro. Lo que no es natural es que un hijo sienta en el fondo desprecio por su padre y lo esté torturando un día y otro por una ambición ridícula.

EMILIO: ¡Es falso! ¡Es falso! Yo quise siempre a papá.

MIGUEL: Corrige la frase. «Yo quise siempre abochornar a papá», sería más correcto.

EMILIO: ¡Vas a ponerme en el disparadero!
 ¡Haré una barbaridad!

MIGUEL: No sería la única que se cometiera en este país por motivos idénticos a éstos. Ya te dije que, contigo, fueron muchos los que, movidos por un complejo de inferioridad, se lanzaron a la sublevación.

EMILIO: ¡Pues bendito entonces ese complejo de inferioridad si con él hemos podido realizar una obra generosa, salvadora, que nunca sabréis agradecernos!

MIGUEL: ¡Es lo que me quedaba que [sic] oír!
 ¡Gratitud a vosotros!

EMILIO: Sí, gratitud, gratitud. Esto era un verdadero caos, y nosotros conseguimos volverlo al orden. Aquí había una situación insopportable...

MIGUEL: (*Interrumpiéndolo*)... y vosotros la transformasteis en un paraíso, ¿no es cierto? Vamos, veo que otra vez quieras volver a las bromas. Pues te advierto que, aplicadas a este punto, resultan de muy mal gusto. Escucha... Antes éramos un pueblo que comía... no muy bien, si tú quieres, pero comía. Ahora no come ni mucho ni poco. Antes vivíamos en un país libre. Ahora vivimos en un penal inmenso. Antes constituíamos una nación soberana. Ahora, una colonia de los intereses extraños. ¿Es ésa vuestra obra? ¿Es eso lo que justifica vuestra rebelión? Responde.

EMILIO: ¿Crees que me voy a dejar arrastrar de [sic] tus provocaciones? Te has aprendido al pie de la letra la lección y no he de ser tan tonto que me la trague... Aquí está Antonia.

Escena IV

Los mismos y Antonia.

ANTONIA: (*Apareciendo por la misma puerta que se fue*). Han registrado ya casi todos los pisos. La señora de Méndez dice que en el suyo no han dejado un rincón por escudriñar...

EMILIO: (*Con impaciencia*) ¿Pero la policía sospecha que aquí...?

ANTONIA: ¿Cómo quieras que le preguntara eso a la señora?

EMILIO: Bueno, ¿pero ella no te ha dicho...?

ANTONIA: Solo lo que podía decirme. Que si habían estado ya aquí... Que si yo no sabía



nada...

EMILIO: Y tú le has respondido...

MIGUEL: ¡Es el colmo! (A *Emilio*) Parece como si también desconfiaras de tu mujer. Lo que es el egoísmo cuando se siente acorralado...

EMILIO: Yo sé muy bien cómo es Antonia, y lo único que te digo es que estás en mi casa y que no te permito dentro de ella más insolencias.

MIGUEL: ¿En tu casa, dices?

EMILIO: ¡Sí, en mi casa, en mi casa! Y si no callas, seré yo el que acabe por abrir esa puerta y entregarte a los que te han de hacer justicia.

ANTONIA: ¡Emilio! ¿Estás loco?

MIGUEL: Abre la puerta. Ábrela. De todos modos, pronto la abrirán otras manos parecidas a las tuyas. Pero antes, quiero que sepas que esta casa es mía también. Mía quizás más que tuya. Aquí, en esta tierra, todo lo que tú pises es mío antes que tuyo. ¿Te enteras?

EMILIO: ¿Con qué derecho?

MIGUEL: Con el que me da el haberlo defendido lealmente, con mi sangre, frente a los intrusos traídos por vosotros. Yo tengo derecho a esto, a esta tierra, a este cielo, a esta casa misma, más derecho que tú, porque lo he disputado palmo a palmo a los traidores y lo he perdido luchando como los hombres y lo he llorado perdido como los hombres también cuando se ven maniatados y su corazón quiere seguir la pelea... ¡Mío, mío antes que tuyo! Yo puedo llamarme, con orgullo, español. Tú...

EMILIO: ¡Termina!

MIGUEL: Demasiado sabes lo que eres tú.

EMILIO: ¡Canalla!

MIGUEL: ¡Renegado!

EMILIO: ¡Retira esa palabra! ¡Retírala o te mato!

ANTONIA: (*Interponiéndose*) ¡Miguel! ¡Emilio! ¡Por Dios! ¿Qué vais a hacer?... Vuestras voces se van a oír fuera... Entrarán, al fin... (*Se dirige a la puerta del foro y escucha. Despues va hasta al balcón y mira con cuidado.*)

EMILIO: (*Que ha vuelto a desplomarse en una silla, el rostro entre las manos*) ¡Déjalo! ¡Que nos lleven de una vez a todos! ¡Que salgamos de aquí como criminales!

MIGUEL: No te atormentes. Iré yo solo.

ANTONIA: (*Desde el balcón*) ¡Miguel, Miguel! Ven un momento. (*Señalando a la calle*) ¡Mira!

MIGUEL: (*Acercándose*) Hay cinco. Antes eran dos solamente. Cinco sabuesos. Se está engrosando el ejército. No escaparé.

EMILIO: (*Que ha levantado la cabeza al oír a Miguel*) Rodearán la casa.... Será un gran escándalo... Y todos nos veremos envueltos...

MIGUEL: Te repito que lo tengo todo preventivo. No os pasará nada. Sólo he querido que sufrieras un poco..., un poco nada más. Por la patria. Todos tenemos que sufrir por la patria. ¿No es eso lo que estáis pregonando siempre? Date cuenta: sin quererlo, te estoy haciendo un mártir.

EMILIO: Con oírte, ya lo soy.

MIGUEL: No durará mucho tu martirio. Palabra. Esto no es más que un episodio, un simple episodio... ¿Sabes lo que quiere

decir episodio? Yo tampoco lo sabía. Pero el autor de esta comedia así la denomina. ¿No lo has visto en los carteles? «Episodio dramático»... Episodio... Yo me acerqué a él, al poeta que ha compuesto esta fábula, y le pregunté por la palabreja. «Es de origen griego –me respondió– y quiere decir: lo que viene de fuera». ¿Qué te parece? Lo que viene de fuera...., es decir, yo. La cosa no puede estar más apropiada. Yo soy lo que viene de fuera, yo... Lo que viene a importunarte, a reanimar en ti un conflicto que ya creías resuelto...

ANTONIA: Debiste quedarte en México, Miguel. Hubiera sido mejor.

MIGUEL: ¿Mejor? ¿Por qué? Ya lo has oído: yo soy lo que viene de fuera. Lo que tenía que venir... México es la libertad, la vida cómoda... Nunca pagaremos a ese gran país lo que hizo por nosotros. En la hora de la derrota nos acogió en sus brazos, nos dio trabajo y sustento, nos regaló con la hermosura de sus cielos bellísimos. ¡Si vieras qué bien se vive en México!... Pero si vieras también cuánto se sufre..., sí, cuánto se sufre por esta tierra nuestra, por la patria, por esa patria que tu marido y los que son como él invocan tanto, sin saber lo que dicen ni lo que hacen.

EMILIO: ¿Y tú? ¡Qué sabrás tú de la patria!

MIGUEL: Lo que a ti no te ha pasado jamás por el corazón. Porque la patria, cuando se pierde, no se sueña sólo a través de los afectos, de las amistades, de las obras de la cultura y de la tradición, de todo ese patrimonio espiritual que la constituye: se sueña, además, a través de la tierra, de las ciudades, de los

campos, de aquel rincón provinciano que fue el deleite de nuestra infancia, de aquel paisaje maravilloso que al pasar, un día, se nos quedó prendido a la retina. (*A Antonia*) Te parecerá mentira, pero hasta lo que no es nuestro en la patria se nos antoja más nuestro cuando sentimos la patria lejos. ¿Qué poseo yo aquí? ¿Cuáles son mis propiedades? Ninguna. Y, sin embargo, todo lo que yo había visto aquí, todo lo que había mirado con indiferencia por no ser mío, incluso lo que había odiado, lo he sentido en mis sueños de desterrado como propio, lo he acariciado con la memoria, como se acaricia una frente buena, una mano querida.... La patria, la patria.... Nadie sabe lo que es perder la patria y estarla rehaciendo cada día en el corazón con los débiles muros de la esperanza....

ANTONIA: Comprendo lo que has sufrido...

MIGUEL: No tanto como los que se quedaron aquí... Pero sí de otro modo. Quién sabe si menos intenso. Quién sabe si más desgarrador. Tú no puedes imaginarte, Antonia... Mira, allá, en México, muchas noches, en aquellas noches llenas de un profundo e inquietante misterio, yo me asomaba a mi ventana y, con los ojos fijos en el cielo donde las estrellas están tan cercanas que parecen que van a hablarnos, me iba orientando hasta adivinar el lado de donde caía España. «Allí está, me decía». «Allí, tras aquel resplandor del horizonte». Y mi corazón saltaba en el pecho y mis manos se tendían a la negrura como si fueran a abrazar un cuerpo amado. Y así permanecía minutos y minutos, tal vez horas y horas, hasta que notaba



mis ojos humedecidos y cerraba como con rabia la ventana y me arrojaba en la cama desesperado y lleno de una angustia indecible...

ANTONIA: ¡Te hemos recordado tanto tía Josefita y yo!

MIGUEL: ¡Qué alegría, qué inmensa alegría el día que supe que se me destinaba a volver a España! Tanto lo deseaba, que me parecía que iba a viajar a un país feliz, libre, tranquilo... Y ahora, no lo querrás creer, desde que estoy otra vez en nuestra tierra, ya va para año y medio, y la he besado un día y otro como se besa a una madre, no puedo reprimir a veces un sentimiento de nostalgia. Me acuerdo de México...

EMILIO: (*Interrumpiendo*) Entonces, ¿para qué lo dejaste? ¿A qué has venido?

MIGUEL: ¡A qué has venido! Esa misma cantinela ha sonado cien, mil veces en mis oídos cuando los policías me interrogaban. «¿A qué has venido? ¡Responde! ¿A qué has venido?».

ANTONIA: ¿Los policías? ¿Pero...?

MIGUEL: Sí, he visitado ya la cárcel una vez desde que volví a España, pero pude escapar. ¿Veis este brazo? (*Mostrando el que lleva en cabestrillo*). Es uno de los recuerdos que me quedan de tus amigos, Emilio. Otros tengo también en mi cuerpo, pero no se ven. ¿Comprendes ahora cómo se ama y se sufre por la patria? Es la vida, la sangre, lo que hay que darle cuando nos la pide, y no palabras demagógicas...

EMILIO: Yo he luchado como tú, he arriesgado la vida...

MIGUEL: Con ventaja... (*Siguiendo el hilo de su pensamiento*). Y entonces, cuando mis carceleros apretaban sin piedad los instrumentos de tortura; cuando yo creía enloquecer de dolor y estaba a punto de perder el conocimiento, un dulce recuerdo de México me asaltaba. Pero no era un deseo cobarde de hallarme allá, un arrepentimiento de mi vuelta a España, no: era una gozosa evasión de todo lo duro y cruel que me rodeaba. Era algo que me daba fuerzas para soportar el tormento. Me sentía así más humano, más hombre, más lleno de mi propia confianza... Volvía a vivir los días apacibles de aquella tierra lejana..., me encontraba de nuevo con tantas caras conocidas de amigos..., me veía a mí mismo pensando en España, suspirando de ansiedad por ella... Sí, en aquellos momentos terribles, dejándome invadir por la nostalgia, me sentía más humano...

ANTONIA: ¡Bárbaros! ¡No tienen entrañas!
¡Torturar así a un hombre indefenso!

MIGUEL: Y las voces imperativas, martilleantes de los sicarios sonaban una y otra vez a mi lado: «¿A qué has venido? ¡Contesta! ¿A qué has venido?». Pero yo callaba, callaba siempre, a pesar de las ofensas, de las torturas. Hubiera callado hasta la muerte... «¿A qué has venido?», me preguntas tú ahora, Emilio, y a tí sí te respondo, a tí quiero responderte con toda la franqueza que hurté a la残酷 de mis verdugos. He venido a sumarme activamente a los que no se resignan a perecer. ¿Lo oyes bien? A entregar mi cuerpo y mi espíritu a esta sorda batalla que ha de desembocar otra vez en la libertad.

EMILIO: Me parece estar oyendo un sonsonete olvidado. O algo más triste: el delirio de un engañado o de un obseso.

MIGUEL: ¡Claro! No lo comprendes, ¿verdad? No aciertas a explicarte cómo habiendo escapado una vez de las garras de mis enemigos vuelvo a meterme en ellas. No te cabe en la cabeza eso de dejar la vida fácil de México por esta otra llena de dificultades y peligros... Ahí tienes precisamente la diferencia que nos separa, la diferencia entre un hombre, tú, lleno de amargura, decepcionado, sin fe ya en nada, y otro hombre, yo, repleto de esperanzas, a pesar de todos los reveses, dispuesto a luchar, ¿me oyes?, ¡a luchar hasta el fin!

EMILIO: ¡Qué podrás tú solo! Caerás como tantos.

MIGUEL: ¿Y qué? Caer, sí, y acaso aquí mismo, muy pronto. Pero solo, no. No estoy solo. Tantos hay a mi lado, que ni ellos mismos se lo imaginan. ¡Ay, el día en que puedan manifestarse a una sola voz!

EMILIO: Se acabaron ya las rebeldías.

MIGUEL: ¿Estás seguro? Pues no creas que ese día está muy lejano... Y entonces, temblad, temblad, porque tantas afrentas habéis descargado sobre este pueblo, tantas injurias del alma y del cuerpo, que su locura, al salir de esta noche tenebrosa, será la peor de las locuras, una locura razonable, y su sed de venganza, esa sed agotadora que vosotros le habéis producido sangrándolo hora a hora, el más temible impulso de justicia, un impulso sereno, terriblemente sereno, pero, eso sí, implacable, indetenible, del que no escapará

nadie, nadie, como si el que lo promoviera fuese un dios invencible que, domeñando la cólera, convirtiese su mente en un destello frío, incesante, que todo lo cegara.

EMILIO: ¡Bah! Ilusiones... El régimen es fuerte; está preparado contra todo.

MIGUEL: Más fuertes seremos nosotros. Virtualmente lo somos ya. No lo dudes. Y dispuestos a morir antes que ser esclavos. No, no sentimos miedo porque nos veamos situados ante una muralla de bayonetas. Todo lo tenemos perdido o a punto de ganar. Mírame a mí. Aquí estoy. Rodeado, acosado por la policía. No tardará ya mucho en llamar a esa puerta. Pues bien, cuando llame, ni me entregaré ni me dejaré coger vivo. Saldré, disparando mi pistola, para abrirme paso o para caer en la refriega. La libertad de nuevo, o la muerte de una vez....

EMILIO: ¡No, no harás eso! ¡En mi casa, no!

MIGUEL: Tú mismo lo has de ver.

EMILIO: ¡Te digo que no! Yo no puedo consentir que desde aquí se ataque a los representantes del gobierno.

MIGUEL: Debí presumir tus verdaderos sentimientos. ¿De modo que no es mi vida, si la pierdo, lo que a ti te preocupa, sino la de esos esbirros y, sobre todo, lo que puedan pensar tus jefes de todo esto? ¡Nunca te creí tan cobarde, tan bajo, tan vil!

EMILIO: ¡Vete, Miguel, vete! Te lo digo por última vez. ¡Estoy desesperado!

MIGUEL: Si ya lo sé... Si cuando entré por esa puerta sabía que habría de ser para tí como si de pronto tu conciencia cobrara figura humana y se te pusiera enfrente... Pero...



(*Suena insistentemente el timbre de la puerta. Todos quedan en silencio mirándose con angustia. Miguel vuelve a sacar la pistola y la monta*). Ya están ahí... Es mi hora.

ANTONIA: ¡No, Miguel, por Dios! ¡No salgas! ¡No salgas! (*Abrazándose a él*)

MIGUEL: (*Adelantando un paso*) ¡Quita! Esto no tiene otra solución. (*Vuelve a sonar el timbre más prolongadamente, y ahora acompañado de unos golpes en la puerta*).

ANTONIA: (*Abrazándose más fuertemente, casi luchando con Miguel, mientras llora*) ¡No puede ser! ¡Te lo suplico, Miguel! ¡No te dejaré morir! ¡Yo te esconderé, yo te salvaré, aunque no quiera Emilio!

MIGUEL: (*Con resolución*) ¡Déjame, Antonia! ... Ya es tarde... Es imposible... Poneros ahí, a un lado, o entrar en una habitación! ¡Adiós! (*Avanza hasta la puerta, cuyo timbre no ha dejado de sonar, y la abre con fuerza*).

Escena última

Los mismos y Tía Josefita.

ANTONIA: (*Al ver entrar a Tía Josefita como impulsada desde fuera y casi a punto de caer*). ¡Tía Josefita!

TÍA JOSEFITA: ¿Pero por qué habéis cerrado? Si salí ahí, a la esquina... (*Reparando en Miguel*) ¿Eh? ¿Tú? ¡Miguel!... (*Cambiando de tono*) ¡Pero, hijo mío! ¡Miguelito! (*Lo abraza, sollozando*).

MIGUEL: ¡Tía Josefita! ¡Madre! ¡Qué alegría!

(*Antonia cierra la puerta y Emilio vuelve al centro de la habitación*).

TÍA JOSEFITA: ¡Y estás herido, niño! ¡Pobre hijo! ¿Cómo fue? (*Dándose cuenta de la pistola*) ¡Y esa pistola? ¡Ah! ¿Con que eras tú...., tú el que buscaban? Pues no tengas miedo. Ya se fueron....

ANTONIA: (*Con ansiedad*) ¿Cómo?

EMILIO: (*Ídem*) ¿Qué dices?

TÍA JOSEFITA: Que sí, que se fueron, que se fueron los que buscaban a Miguelito.

ANTONIA: Pero...

EMILIO: ¿Cómo lo sabes?

TÍA JOSEFITA: ¡Jesús! ¡Cómo lo he de saber! Verás. No había yo hecho más que bajar a la esquina a comprar una madeja para el suéter que te estoy haciendo, que por eso dejé la puerta a medio cerrar solamente, cuando vi a unos hombres correr y a otros que se arremolinaban junto al portal de nuestra casa. (*Pausa breve*). Me acerqué a un grupo de gente y pregunté... Pura curiosidad... ¡A mis años!... Alguien entonces me dijo: «La policía anda persiguiendo a un hombre. Dicen que es un rojo. Se ha escondido en esa casa». Y señalaba a ésta. (*Nueva pausa*). Yo no sé por qué, me acordé de Miguel... No es que yo creyera que él estaba aquí... ¡Cómo lo iba a creer! Pero como siempre que se habla de algún detenido, me lo figuro a él...

ANTONIA: (*Impaciente*). Bueno, sigue, tía Josefita.

TÍA JOSEFITA: Ya voy, hija. Al poco rato, pasaron otros hombres, que así, por la pinta, me parecieron agentes de la secreta, y oí que uno de ellos iba diciendo: «En casa de don Emilio Rosales no es necesario entrar;

es de confianza».... Por eso no subí más pronto. Ni siquiera os habrás enterado de lo que estaba ocurriendo... Pasó como un cuarto de hora y, por fin, vi salir de la casa a los agentes, recoger a otros dos que estaban apostados enfrente y echar todos calle abajo,... Todavía pegué la hebra con una amiga que de improviso me encontré, y hasta ahora.

ANTONIA: Entonces...

EMILIO: ¿Los viste ir a todos?

TÍA JOSEFITA: ¡Otra vez! ¡Qué pesados! Sí, a todos, a todos, hasta que se perdieron por la última esquina de la calle.

MIGUEL: Mira por dónde, Emilio, te voy a deber la vida. Si no hubiera sido por esa confianza que les inspiras... Gracias...

EMILIO: Te ruego que no vuelvas a las ironías. Ya no te acecha ningún peligro. Ya puedes salir.

TÍA JOSEFITA: ¡Cómo! ¡Salir mi niño de esta casa! Ahora que lo tenemos otra vez aquí... ¡No faltaba más!

ANTONIA: Echar así a un hermano, tampoco es justo...

EMILIO: ¿También tú, mujer? ¿Te ha logrado convencer?

MIGUEL: No, ya lo estaba. Al que he convencido, aunque no lo creas, es a ti. Las razones de un muerto que resucita, que eso he sido yo al aparecer ante tus ojos, y se dispone a seguir viviendo para espanto de sus enemigos, no entran inútilmente en oídos ajenos. Si hasta aquí has sido como una sombra que quiere huir de su propio cuerpo, desde ahora serás un cuerpo que no puede desprender-

se de una sombra extraña, y esa sombra es la mía, mi vida, mis palabras, que ya nunca podrás arrancar de tu memoria. (*Avanzando hacia la puerta*).

TÍA JOSEFITA: Pero no te irás, no te irás... ¡Emilio! Dile que no se vaya.

ANTONIA: Quédate, Miguel... Necesitas curarte, descansar, dejar esa vida terrible...

TÍA JOSEFITA: Eso, eso... Muy bien dicho... Yo te curaré, yo cuidaré de ti, como cuando eras niño...

MIGUEL: (*Avanzando más*). No, tía Josefita. Quién pudiera acogerse a ese ruego como otras veces me acogía a tu regazo para que me durmieras... Tus manos, inconscientemente, pero como movidas por un designio bondadoso, dejaron abierta esa puerta para que tras ella pudiera salvarme. Esas mismas manos, poco después, la golpeaban anunciando, no el peligro que yo esperaba, sino la seguridad de tus brazos, de tu cariño...

TÍA JOSEFITA: Mis brazos, sí... mi cariño, siempre. ¡Hijo!

MIGUEL: (*Abriendo la puerta y volviéndose hacia los que están dentro*). No vuelvas a cerrarla, Emilio... Que tu voluntad no sea menos que el azar... Salvé la vida otra vez. Pero, ¡qué importa eso! Mi vida no es mía, no me pertenece: está ahí, fuera, entre los que buscan la suya en los brazos de la muerte. (*Desaparece, mientras Tía Josefita se abraza llorando a Antonia*). ■